

Rachel Ingalls

# El safari de los Binstead

Traducción de Maia Figueroa Evans

editorial  minúscula  
BARCELONA

Título original: *Binstead's Safari*  
Copyright © 1983 by Rachel Ingalls

© de la traducción: 2025 Maia Figueroa Evans  
Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2025 Editorial Minúscula, S. L.  
Sociedad unipersonal  
Av. República Argentina, 163  
08023 Barcelona  
minuscula@editorialminuscula.com  
www.editorialminuscula.com

Primera edición: septiembre de 2025

Diseño gráfico: Pepe Far  
Imagen de la cubierta: © iStock.com/Evgeny555

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona  
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-128314-1-2  
Depósito legal: B-15.636-2025

*Printed in Spain*

Stan Binstead y su esposa, Millie, llegaron a Londres a primera hora de la mañana. Los dos estaban entumecidos y cansados del vuelo, y ya les pesaba una emoción que les provocaba aún más lasitud: una especie de inercia interrumpida de forma discontinua por la indecisión y la irritabilidad. En el ejército lo llaman neurosis de combate.

Él no quería llevarla al viaje; ella no dejó de suplicárselo hasta que se dio por vencido. No lo habría convencido con ningún razonamiento sentimental, pero Millie no tenía la costumbre de idear ese tipo de maniobras. Nunca le preguntaría: «¿Cómo puedes dejarme sola?» ni le diría: «No me quieres.» Solo había dicho: «Es que nunca he estado en Londres. Nunca he estado en África. Es la única oportunidad que voy a tener de hacer unas vacaciones tan bonitas. Ni siquiera he salido del país.» Eso era cierto. La primera vez que la había llevado a visitar a su familia ni siquiera había salido de Nueva Inglaterra.

«Piensa en cuánto costaría», había dicho él, como si de otro modo lo normal hubiera sido que lo acompañase. Él necesitaba ir, era por su investigación. Es lo que le había dicho. La presencia de Millie sería un lujo.

Y entonces, justo a tiempo, como si lo hubiesen planeado, la tía abuela Edna murió y le dejó a Millie una buena

cantidad de dinero y varias vitrinas de cristal llenas de figuritas y adornos que habían sido inútiles mientras formaban parte de la colección, pero que se habían puesto de moda y podían venderse por mucho dinero. Millie le tenía cariño a la anciana y la herencia la alegró muchísimo. No dejaba de decir que había sido muy amable por su parte. Muy considerada.

Durmieron unas horas por la mañana en las camas separadas de la habitación del hotel, comieron en el comedor e hicieron planes para la estancia. Stan no había conseguido contactar con su amigo Jack, que, según la chica que había contestado el teléfono cuando lo había llamado, todavía estaba de fin de semana largo en el campo. En la ciudad era festivo o algo así, todas las tiendas estaban cerradas. Millie quería que cogiesen uno de esos autobuses turísticos; él dijo que no, pero que fuese ella, que él se quedaba en la habitación a leer los periódicos.

—Ay, Stan —dijo—, ¿has venido a casi cinco mil kilómetros de distancia a leer los periódicos? En casa venden los mismos.

—Bueno, no quiero hacer lo del autobús turístico.

—Vale, pues vamos a pie.

—Está lloviendo.

El rostro de Millie adquirió un aspecto peculiar, como si se le hubieran encogido algunas partes.

—Andaremos bajo la lluvia —dijo.

Al final, eso fue lo que hicieron. Atravesaron unos cuantos parques, vieron calles en forma de media luna y cornisas y plazas, todas preciosas, y Millie le preguntó al menos tres veces si no se alegraba de que se hubiera acordado de meter los paraguas en la maleta. Mientras caminaban bajo la llovizna, él pensó: «A veces todo va bien y de pronto

pasa esto; he sido un necio. Debería haberme ido, sin más. Debería haber dicho: “Vete de vacaciones adonde quieras ir, mientras sea bien lejos de mí.”»

Se perdieron, encontraron un restaurante italiano que estaba abierto y cenaron. Bebieron el doble de lo habitual y se emborracharon un poco, y salieron de nuevo a la calle algo aturdidos, pero sintiendo un entusiasmo mayor por Londres que antes.

Stan dijo:

—Es una gran ciudad.

—Se me están poniendo los pies raros —le dijo Millie con una vocecilla aguda, como de niña en una fiesta de cumpleaños.

—Tú sí que eres rarita... —le dijo él al oído.

La rodeó con el brazo. A ella se le ocurrió que por fin las cosas iban a ir bien. Una vez en el hotel, hicieron el amor por primera vez en muchos meses. Sin embargo, por la mañana nada había cambiado. Desayunaron, él estuvo media hora al teléfono y por fin localizó a su amigo Jack.

—¿Estarás bien si te vas de compras y eso? —le preguntó.

—¿No me presentas a Jack?

—Creo que te aburrirías.

—Pero me gustaría ir contigo.

—No vamos a hablar de otra cosa que de trabajo. Y también tenemos que ponernos al día, hace años que no nos vemos.

Ella sonrió y pensó: «O sea, que el que se aburriría si yo fuese serías tú.»

—¿Todo el día?

—Bueno, mira, hay esas rutas turísticas que querías hacer y museos, y si intentases comprar algunas de las en-

tradas, me echarías una mano. A menos que... No, no lo sabré hasta que hable con Jack. Quiero ver algo del material que grabó para el documental en el que estaba trabajando. A lo mejor lo organizan por la tarde. Tú ve y disfruta, visita la ciudad. Yo me ocupo de lo de American Express y de lo de África.

—¿No quieres que hagamos nada juntos?

—Tengo reuniones, ya te había avisado. Y tengo que buscar información en las bibliotecas. Escucha —dijo, y la voz y la expresión le delataron los nervios—, ya te lo dije antes de llegar, mucho antes: se supone que he venido a trabajar. Tú has querido venir conmigo; no pasa nada, pero no puedo llevarte de la mano a todas partes.

—Era una pregunta nada más.

Stan fue a una reunión y comió con algunos compañeros.

El viaje no iba a convertirse en la segunda luna de miel con la que había empezado a ilusionarse la noche anterior. No había ninguna posibilidad. Tendrían que pasar ocho o diez meses más antes de que él decidiera que la deseaba de nuevo.

Millie fue a un museo. Le gustaban los museos, pero siempre tardaba lo mismo en leer la información que en ver las cosas.

«Este cuenco está decorado mediante un proceso conocido como *cloisonné*.» «Esta figura representa a la diosa Hathor.» «El enano del rincón probablemente sea el portador real de sandalias.»

Había mucha gente por todas partes. Se subió a un autobús para regresar, pero se equivocó de dirección. Después de haber hecho más o menos lo mismo varias veces,